



SUMARIO

CARLOS MIRANDA

De parranda.

GONZALO CANTÓ

El diablo las carga...

ANDRÉS GONZALEZ-BLANCO

Remember.

RAMÓN ASENSIO MÁS

Cuento viejo.

UN PEQUEÑO REPORTER

Llevar la derecha.

MINGO REVULGO

Poesía descriptiva.

CANDELARIA MEDINA

Por los cabellos...

EL CONFESONARIO

Artículo de MERCEDES PARDO

CLEMENTE DE CASTRO

El descubrimiento.

JOAQUÍN ALCAIDE DE ZAFRA

Nebulosa.

LUIS ALEIXANDRE

Calentadores por alcohol.

PEPE ONTIVEROS

Mis aventuras amorosas.

TOVAR, CYRANO, SOTA

y ALFONSO

Caricaturas y retratos de Conchita Ledesma, Luz Vera, Mercedes Pardo y otros dibujos.



CONCHITA LEDESMA

Primero, Reina de los Mercados, por bonita; ahora, «divette» en Copenhague; pronto, primera tiple en uno de nuestros teatros... Y lo vale todo.

5 cénts.



AQUELLOS POLVOS TRAEN ESTOS LODOS
Ó ¡QUÉ VACÍA LA TENEMOS TODOS!

¡Maldita cuesta de Enero!
 ¡Cuánto nos cuesta bajarla,
 después de los despilfarros
 de Nochebuena y de Pascuas!
 Turrónes y mazapanes
 nos dejaron casi exhausta
 la bolsa, y así la vemos
 tan escurrida y tan flácida.

¿Pero á quién no se le afloja
 con la situación precaria
 que venimos padeciendo
 desde el mes pasado, cáscaras?
 Nos robó la Lotería
 de Navidad la esperanza
 de endulzarnos la existencia,
 y hoy la tenemos amarga.

¿Quién va á explotarnos ahora,
 ni quién va á chuparnos nada,
 si se vé que la miseria
 nos puso la carne flaca?
 ¿De qué nos sirve la bolsa,
 si no podemos hincharla,
 y en este mes los negocios
 dan poca y muy mala?

Todo Cristo se lamenta
 de lo poco que hoy se gana,
 y aún más los empleados...
 que no cobran ¡y trabajan!
 Sí que *pescaron* dos sueldos
 con motivo de las Pascuas;
 pero, también por su culpa,
 se gastaron las dos pagas.

Los empresarios se quejan
 de que al teatro no va un alma,
 y el *tifus* es quien ocupa
 casi todas las butacas.

Verdad es; ¿más cómo quieren
 ellos que el público vaya,
 ni cómo ha de ser *pagano*
 aquél á quien no le pagan?...

Las mujeres de la vida
 más ó menos *aireada*,
 no pueden echar las uñas
 á ningún hijo de cabra.
 Y así es que por esas calles
 van todas con unas caras
 tan compungidas y foscas,
 que da compasión mirarlas.

Y es que todos los mortales
 (salvo excepciones contadas)
 sólo tenemos lo justo
 para ir hoy tirando... ¡y gracias!
 Pero pedirnos excesos
 en *juergas* ó *cuchipandas*,
 es como pedir cotufas
 en el golfo, ¡qué caramba!

Así es la cuesta de Enero
 por desdicha y por desgracia:
 muy dura, si la subimos;
 y aun peor, para bajarla.
 La ascensión es muy penosa;
 pero, al fin, es menos mala...
 ¡Y, á pesar de todo, hay muchos
 que prefieren la bajada!

Total: que en el mes presente
 vivimos todos sobre ascuas,
 pues el que más y el que menos
 tiene la bolsa arrugada.
 La mía está en tal estado,
 que parece una piltrafa;
 por lo cual en todas partes
 ¡me da vergüenza sacarla!...

Carlos Miranda.

EL DIABLO LAS CARGA...

I



AMPARITO era una lindísima muchacha de abundosa cabellera negra, que orlaba un rostro encantador, donde brillaban picarescos dos rasgados ojos negros, más parlanchines que su fresca boca, semejante á un sangriento clavel, por donde en armonioso torrente escapábase continua su parla agradable y jocunda, ó sus risas francas y espontáneas, como piar de alegre pajarillo.

Fué corsetera y decíase de ella que si varias noches en «Niza...», que si otras en la «Terraza...»; pero, ó esto no era cierto, ó no quiso darle crédito Pepito García, puesto que ante Dios y los hombres hizo de Amparito su tierna compañera.

Era Pepito un muchacho dócil y apacible, confiado y franco, que gustaba de gozar la vida entre los estrechos límites de su obligación, que con holgura cubría todas sus atenciones, y el encanto de cuidar y mimosear á su mujercita, sin que nunca el menor deseo, la más pequeña ilusión, hubiera aquietado su ánimo ni turbado su ser apacible y tranquilo.

¿Era feliz Amparito viviendo en este ambiente de tranquilidad plácida, en que todos sus caprichos eran satisfechos sin resistencia y, por tanto, donde su condición de antojadiza y su orgullo de mujer guapa y querida no podíase vanagloriar de un solo triunfo, conseguido tras ruda y tenaz lucha?...

Como única visita de la casa, aparte de la familia de ambos, era recibido y festejado un amigo de Pepito, compañero de la niñez, joven, simpático, decididor, calavera y algo libertino, llamado Ricardo.

Y que á pesar de estos ligeros defectos, en su alma manteníase en toda su pureza la llama leal de la amistad, que él no se proponía apagar, aun cuando Amparito le gustaba con extremo, y ella, por su parte, no se recataba de mostrarle algo más que amistad, algo así como un ardiente deseo de vencerle, de echar

por tierra aquel castillete de la amistad en el que él se encerraba á sus más ligeras insinuaciones, como si temiera no poder resistir la súplica escondida de aquella mujer grácil y bella, como un ideal bellissimo.

II

Las ocho y media acababan de dar en un cercano reloj, cuando Ricardo, sentado ante un velador próximo á los balcones del café Habanero, leía por centésima vez una carta que desde el mediodía, cuando la recibiera, tenía hondamente preocupado.

La misiva era de Amparito, de la mujer de aquel su amigo del corazón, que insistente y mimosa, pedíale suplicante una entrevista para las nueve, en aquel lugar, y aprovechando la ausencia diaria de su esposo á tales horas del hogar. El, al pronto, pensó resistir, no acudir á tan pecaminosa cita; pero comprendiendo, por ya larga experiencia, que la mujer es de suyo impetuosa y decidida, optó por ir, pero llevando preparado un muy documentado razonamiento de moral cristiana, para ver de tornar al redil aquella loquilla ó inquieta oveja que obstinábase en descarriarse.

Recordando *in mente* estaba su arenga, cuando, como una tromba, penetró en el

café y le abrazó con escandalosas muestras de entusiasmo su amigo Pepito, el que, con vehementes frases y gran calor, le espetó, casi á boca de jarro, lo siguiente, mientras atónito y con la boca abierta, por lo inesperado del encuentro, Ricardo le escuchaba:

—¡Chico, eres mi tabla de salvación! Me encuentro en un grave compromiso, del que sólo tu amistad puede salvarme.

Ricardo, no repuesto aún de su sorpresa, mal pudo balbucear:

—No acierto á explicarme; mas... tú dirás...

Pepito había sacado rápidamente de su cartera una tarjeta, en la que escribía febril, y así que hubo acabado, dióselo á su amigo, diciendo:

—Lee, y entérate.

NUESTRAS COCOTAS



LUZ VERA

Aquél, de sorpresa en sorpresa, leyó lo que sigue:

«Amparito: Asuntos ineludibles de mis jefes, que Ricardo te explicará, me privan de poder ir á casa en toda la noche. Perdona al que mucho, pero mucho, te quiere. —Pepe.»

—Te extrañará, ¿no es eso?—prosiguió Pepe—; pero te diré: Una juerguecita inesperada...; una mujer guapa que se muere por mis pedazos y... ya tú comprendes, no es cosa ni de desperdiciar la ocasión ni de desairarla.



—La verdad es que en este tiempo, los cerveceros la debían de tener caliente. .

—Pero, ¿y tu mujer?—añadió tímidamente Ricardo.

—La dices lo que quieras... Cualquiera cosa... que vamos á hacer el balance... Vamos... lo que á tí se te ocurra.

—Pero comprende...

—Ni media palabra, porque no admito excusas. No defraudes la esperanza que concebí al verte casualmente desde la calle. Así como así, nadie como tú sabrá convencerla. Con que lo dicho; corre á casa y... en tí confío.

Y sin decir más, rápidamente echó á andar hacia la calle, donde era esperado por un amigo y dos «cocotas», alegres y guapas,

que recibieronle con una explosión de contento y algazara.

Aún no había vuelto de su asombro Ricardo, cuando una mujer, discretamente recatada, penetraba en el café y dirigíase hacia él. Era Amparito que, al par que le estrechaba las manos y le envolvía en una mirada de deseo y satisfacción dándole gracias por haber vencido aquella voluntad indomable, le prodigaba con sus labios c rmineos la más prometedora de sus sonrisas.

Mientras apuraban una olorosa copa de Jerez, él le alargó la tarjeta que le dejara Pepito. Leyóla ella atenta, y una carcajada alegre y feliz brotó del clavel encendido de su boca, mientras hacia él, insensiblemente, se inclinaba.....

Ya las estrellas empezaban á palidecer y el cielo á cubrirse con las suaves tintas del crepúsculo matinal, cuando una pareja, amorosamente cogida del brazo, deteníase ante el portal núm. 15 de la calle de... Eran Amparo y Ricardo, que se despedían hasta pronto y que sellaban sus pactos de eterno amor con un beso que llevóse la brisa de la mañana.

III

Al día siguiente, al verse de nuevo Ricardo y Pepito, dijole á aquél, al tiempo que estrechaba sus manos reconocido:

—¡Gracias, gracias! No esperaba yo menos de tí. Cumpliste tu misión á las mil maravillas. ¡Eres... el mejor de los amigos!

Gonzalo Cantó.



REMEMBER

Cada sollozo mío desentierra un alma que yo tuve, alegre y loca, y con un eco opaco que me aterra, surge la forma antigua que se invoca.

¡Oh, dieciocho años míos, con qué poca desenvoltura vuestra imagen yerra al pie de algún añejo ídolo en tierra que me ofrecía besos en la boca!...

Mujer imaginada más que vista que me iniciaba en el libertinaje de un baile aturdidor de Carnaval.

Y adivino en mi mente un rico traje y el frúfrú tentador de alguna artista, vista en un espectáculo banal.

Andrés González-Blanco

CUENTOS INOCENTES

EL CALMANTE

I

DESLIZÁBASE plácidamente el otoño, acariciando con las primeras ráfagas invernales los bellos campos del Mediodía de Francia, y la baronesa de Grandville, pálida y triste como una pastora de ensueño, hallábase pasando una temporada con su amiga la duquesa de Lync, encantadora dama de tan arrogante hermosura y privilegiado ingenio, que, á creer lo que cuentan los viejos cronicones, era gala y encanto de la corte de Luis XVI.

Ausentes hallábanse los esposos de ambas, porque el rey tuvo á bien conferirles una delicada misión política en el extranjero, y lentos y monótonos iban transcurriendo los días con gran pesar de las abandonadas aristócratas, á quienes la ausencia del marido privaba de todo consuelo de amor. La de Grandville, especialmente, resignábase tan á duras penas, que tenía momentos en que no podía contener sus impaciencias ni disimular su contrariedad.

No pasaba desapercibido para la duquesa el estado de su amiga, y tan desmadejada y paliducha la vió una mañana que, abandonando vanos escrúpulos, hubo de interrogarla amablemente mientras se desayunaban en el amplio comedor del castillo.

—¿Qué tenéis, mi querida Elena, que os encuentro cada vez más ojerosa y triste? ¿Acaso los aires del campo os sientan mal? ¿Queréis que regresemos

á París? Estremeciósse ligeramente la interrogada, y desviando por un instante sus bellos ojos de los de su interlocutora, la respondió:

—¡Ay, duquesa, qué ajena estáis de cuanto me sucedel! Sinceramente os digo que me encanta el campo, y más aún, en vuestra compañía; pero considerad que soy casada, recién casada, mejor dicho, y esta ausencia de mi esposo, tan inesperada como repentina, me afecta dolorosamente.

Y bajando la voz, y como si la costase trabajo confesar sus flaquezas, repuso:

—¡Es desesperante!... Por las noches, sobre todo, no puedo pegar los ojos acordándome del barón.

Prorrumpió la duquesa en una carcajada que fué á perderse entre las húmedas nieblas del parque y levantándose resueltamente se acercó á su amiga y la dijo, mientras acariciaba su lindo rostro:

—Todo eso son los nervios. Pero dejadme hacer, y esta misma noche quedaréis curada.

—¿Curada?—exclamó recelosa la de Grandville—. No os entiendo.

—Sonrió, diabólica, la duquesa, y tomando asiento junto á su amiga, la dijo sin más preámbulos:

—¿Qué os parece mi suizo?

—¿Os referís al secretario del duque?

—Precisamente.

—¡Oh, es un guapo mozo!—contestó la baronesa adivinando algo y entornando los ojos lánguidamente.

—Pues esta noche, cuando estéis acostada—añadió la duquesa bajando la voz—pasará á veros y os aplicará el calmante que necesitáis.

La de Grandville sintió que un escalofrío recorría su cuerpo y que una olea-

NUESTRAS ARTISTAS



¿...?

da de sangre enrojecía su rostro. No pareció advertirlo su amiga y continuó diciéndola al oído:

—Conoce todos los secretos y es tan hábil curandero, que no hay dolencia femenina que se le resista. Además, sabe que para nosotras no hay mayor garantía que la reserva, y antes se dejaría matar que decir á nadie una palabra.

Quedaron ambas silenciosas durante bre-



—¿Y tú que haces en el obrador, monina?

—Hasta ahora nada más que abrir ojales.

—Pues mira lo que son las cosas. Luego será todo lo contrario...

ve rato, hasta que poniéndose en pie la baronesa, exclamó decidida:

—Bien está. Acepto.

—¿De veras?— dijo la de Lyon muy alegre.

—Sí; aunque con ciertos temores, si he de ser franca.

—¿Temores?... Explicáos.

—Mi marido, cuando tiene que darme algún calmante, suele ser parco en la medida.

—Como todos los maridos. Seguid.

—Coge un vaso, vierte la medicina y por más que le animo, nunca pasa de los ocho dedos.

—Será su límite.

—Por eso temo que, si vuestro suizo se excede, como no estoy acostumbrada...

—¡Oh, no temáis! Mi suizo no os dará más que cuatro.

—¡Cómo!...—repuso la de Grandville con desaliento.—¿Cuatro nada más?

—¿Os parece poco?... ¡Bah, no lo creáis! Cuatro dedos de calmante bien administrados, bastan para satisfacer á la más exigente.

—Pero...

—Dejadme hacer y os prometo que mañana me abrazaréis encantada. Voy á decírselo para que se prepare.

Y dando un beso á su amiga, y sonriendo picarescamente, salió del comedor la duquesa, bella y arrogante como la imagen viva del pecado.

II

A la mañana siguiente tuvo que tomar el desayuno sola. Después repasó el correo, contestó varias cartas, y ya cerca del mediodía, viendo que su amiga no daba señales de haberse levantado, tomó el partido de despertarla y bajó al dormitorio.

En efecto, la gentil baronesa descansaba. Al ruido que hizo la puerta al abrirse incorporóse en el amplio lecho entre sorprendida y ruborosa.

—Aunque todo me lo figuro—exclamó la duquesa con picardía—, no extrañaréis que os pregunte qué os ha parecido el calmante.

Brillaron un momento los ojos de la de Grandville, y respondió con sincero entusiasmo:

—¡Espléndido! ¡Magnífico!... ¡Cuanto se diga en su honor es poco!

Y luego, con dulzura, añadió:

—Pero me habéis, engañado, duquesa.

—¿Que os he engañado?

—Sí—replicó risueña.—Me dijisteis que cuatro dedos y son muchos más.

Cambió rápidamente de expresión la faz de la acusada, y dijo con viveza:

—¡Imposible!... ¡Si lo sabré yo!

—Mirad que me he cerciorado repetidas veces.

—Pues lo habréis visto mal.

—¡Pero duquesa!...

—Nada, nada—replicó la de Lyon con energía—no admito discusiones. ¡Son cuatro dedos.

Y guiñando un ojo y con picaresca truhanería, exclamó á media voz:

—Pero á lo largo.

Ramón Asensio Más.

¡LLEVAD LA DERECHA!



OSOTROS, los lectores de la LAHOJA DE PARRA que seáis aficionados al inocente *sport* de la observación, habréis podido notar que, de algún tiempo á esta parte, nuestro ebúrneo y macizo alcalde, á su paso por las calles, «diluído» en el automóvil oficial, ofrece un aspecto de hombre preocupadísimo.

Aquella satisfacción que se le salía por todos los poros, demostración justa de un legítimo orgullo al saborear el éxito de su obra magna y transcendental: el mingitorio de la Puerta del Sol, se ha trocado súbitamente en trético ensibismamiento.

—¿Qué le pasará al alcalde?— se preguntan profundamente intrigadas casi todas las jamonas matritenses, entre las cuales tantos prosélitos hace.

El caso no es para menos. El Sr. Francos ha estado muchos meses sumido en un mar de confusiones.—¿Habré de aconsejar á mis administrados que en lo sucesivo tendrán que seguir por la izquierda, como quiere Canalejas que vayamos siempre, ó me decidirá á infundirles vigor y energía, obligándoles á llevar la derecha? *Ecco il problema.*

Por fin, oídas diversas opiniones y consultados intrincados textos, puesto que el asunto los tenía, y muy desarrollados, se decidió, soltando otro *¡Alea jacta est!*, como aquel famosísimo de la supresión del impuesto de Consumos.

—¡Derecha, todo lo más derecha posible!— exclamó enérgicamente, y así lo anunció á los chicos de la Prensa, que á diario recogen las preciosas lucubraciones de Su Excelencia.

Pero no contaba con que á los ediles republicanos no les pareció bien que el alcalde se empeñase en este cambio de costumbres;

«Que cada cual, en uso de su autonomía individual, haga lo que quiera ó lo que pueda», le dijeron, y el Sr. Francos, más ó menos convencido, tuvo que decidirse á que el asunto volviese á ser estudiado con mayor detenimiento.

Y he aquí el por qué nuestra paternal autoridad municipal anda estos tiempos preocupadísima.

Yo, en su pellejo, abriría una información tan amplia y lata como sus discursos en el

Concejo, por más que, actuando de profeta, anticipadamente se podría dar el resultado



—Llevo hora y media paseando y muchas barbaridades al oído...; ¡pero nada más!

de esta interesantísima encuesta. Allá van algunos de ellos:

Las mujeres hasta los cuarenta.—Llevad la derecha.

Idem idem de esta edad en adelante.—

Como queráis ó podáis, la cuestión es que la llevéis de algún modo.

Los diputados conservadores.—Nosotros, ya se sabe, derecha, siempre derecha.

Idem id. los liberales, menos los que ya han cumplido los cincuenta—En teoría hay que seguir por la izquierda; pero en la práctica, todo lo derecha que sea preciso.

Idem id. los que pasaron de la edad antes citada.—¿Para qué exigir derecha ni izquierda? A dos manos. ¡Y aun así!

Los senadores vitalicios.—Eso de oír ligar es una falta de respeto. ¡Que más quisiéramos que llevar algo... aunque no fuese más que por el centro!

Los senadores electivos.—«Hombre... Se hará lo que se pueda... ¡Qué caramba!» Por estas muestras comprenderán ustedes que la cuestión es compleja, y que por algo está nuestro alcalde preocupadísimo.

Y ya verán ustedes cómo Su Excelencia acaba por decidirse por la prudente y razonada y sobre todo práctica opinión de sus admiradoras las jamonas.

—«¡Llevala como podáis!».

Un pequeño reporter.



SUCEDIDOS...

D. Severo, hombre de aparente severidad, que afirma siempre que jamás ha mentado, tras de tener con la doncella de su esposa «demasiadas confianzas», un día advierte que la chica se halla en un estado... interesantísimo.

D. Severo, fiel á su aparente severidad, aun á trueque de disgustar á su mujer, decide despedirla. Y para no explicar el motivo de su determinación y á la vez no tener que mentir, pretexto que la muchacha siempre que sale á cualquier recado tarda mucho en volver.

Así, cuando su esposa le interroga, D. Severo exclama muy serio:

—La despido, sí, ¡la despido porque... no para en casa!

POESIA DESCRIPTIVA

(NOCTURNO EN RE... DIEZ)

Es de noche... Ya viene «cantando el día» sobre las altas torres de los Madriles... He aquí, lector, un «trozo de poesía» de un rincón de la calle de Ministriles.

.....
Un rata atisba, cauto, tras de una «squina...
Con voz aguardentosa grita el churrero...
Suena un reloj de cuco y una minina se «tima» con un gato sobre el alero...

Un «curda» canturrea lo que no sabe...
Surge una mujer joven junto á una vieja; tras ellas, sable en ristre y el gesto grave, se oye el paso monótono de la pareja...
Haciendo de energías un gran derroche un «simón» la calleja cruza ligero, unos tiernos suspiros salen del coche y masculla el caballo: «¡Pobre cochero!»
Un perro busca, ansioso, su desayuno entre un montón de escombros que hay en

[la acera,

y guarda áquel pequeño zoco moruno el consecuente burro de la trapera.
Un farol que una puerta, tristón, alumbra nos dice que en la *tasca* se halla el sereno...
De un portalón oculto por la penumbra sale un desenfadado: «Pasa moreno»...
A la iglesia vecina, que ya está abierta, se dirigen dos viejas refunfuñando y un monaguillo *guaja* se halla en la puerta un cuplé sicalíptico tarareando.

Contra las duras piedras, todas en pico, chocan sus zapatos los barrenderos á los que en su tarea precede un chico de la clásica extirpe de *colleros*.
Lentamente, un obrero marcha al trabajo luciendo la que un día fué blanca blusa...
Una joven que un bulto lleva debajo del mantón, deja el bulto junto á la Inclusa...
Se escuchan los berridos de un arrapiezo, se rompen los cristales de dos balcones, y mientras el sereno lanza un bostezo se oye una buena tanda de coscorrónes.

.....
Los primeros albores del nuevo día ponen fin á mis ansias reporteriles... ¡y á este típico *trozo de poesía* de un rincón de la calle de Ministriles!

Mingo Revulgo.

En el próximo número

LOS AMORES DE LA FORNARINA
escritos por ella misma.

POR LOS CABELLOS.

GABRIELITO López, desde la noche en que, tras de pasarse días y días en las butacas de primera fila, al fin fué presentado á Amalia Suárez, no dejó de visitar su cuarto una sola noche.

Ella le miraba siempre con desdén. Cuando Gabrielito la decía una galantería, Amalia hacía un gesto de desagrado, y se marchaba. Cuando la enviaba algún obsequio, ella, sin dar las gracias, lo desairaba, dejándolo por cualquier lado...

En el teatro todos compadecíamos ya á Gabrielito. Era un pretendiente desdeñado.

Y no podía decirse, en realidad, que mereciese lo que le ocurría. Joven, alto, moreno, muy simpático, en posesión de una gran fortuna, era, lo que suele decirse, «un buen partido». Amalia, bonita y todo, no podía con justicia pedir más.

De cuantas artistas actuábamos entonces en aquel teatrillo, se había hecho amigo Gabrielito, y á todas nos hacía, inspirándonos piedad, escucharle sus lamentaciones.

—Es tan bonita. Tiene unos ojos, un pelo rubio... Su pelo, sobre todo...

Amalia terminó, por fin, su contrato y se marchó..., yendo tras ella Gabrielito.

Pasados varios meses, un día, actuando yo no recuerdo dónde, me dieron una noticia que me sorprendió:

—Amalia Suárez y Gabrielito López, aquel muchacho que «acharó» tantas veces, se entendieron por fin...

Luego supe que, efectivamente, ella, obligada por él, se había retirado y vivía en un hotelito de Madrid Moderno, donde él la visitaba todos los días.

La otra noche, casualmente, Gabrielito López ha estado á saludarme y me ha enterado de que el idilio ha concluído. Pero de un modo raro, de una manera que no hubiera podido presumir nadie.

Gabrielito y Amalia Suárez comieron juntos el día de Nochebuena, y después ella tuvo el capricho de asistir á la Misa del gallo.

Se retiraron ya casi de día, y á cosa de las doce, cuando acababan de tomar el desayuno, la doncella entró anunciando que acababa de llegar la peinadora.

—Que espere —dijo Amalia, disponiéndose á dejar el lecho.

Pero antes de que lo hubiera hecho la muchacha, volvía y decía indiscreta:

—La peinadora dice que si no quiere mo-



—¡Estás opípara, Pilita!

—Pues á pesar de eso no se conoce, porque no sé qué es lo que os pasa á los hombres, que á manera que aumentáis de sombrero, disminuís en cabeza.

—¿Estarse la señorita, puede darme sus cabellos y ella irá peinándolos y rizándolos.

Gabrielito, confundido, loco, la miró.

—¿Pero puede ser?—dijo.

Era, efectivamente. El pelo de Amalia Suárez, tan rubio, tan suave, tan bonito... ¡era postizo!

Gabrielito López salió aquella misma mañana del hotel y no ha vuelto más. Y según afirma ahora con toda seriedad, no vuelve á enamorarse... por los cabellos.

Candelaria Medina.



El confesionario

MERCEDITAS PARDO

PERO si yo he vivido muy poquito todavía!... ¡Si yo no sé nada de estas cosas!

Y conste que no me hago la inocente, no; es que es verdad. Empiezo por

no haber tenido nunca novio. Esto ya es una dificultad para hablar de amores. Y sigo... ¿Por dónde sigo yo, Dios mío?

Miren ustedes, la verdad: á mí me han gustado algunos muchachos que he conocido y he tratado y tal vez les hubiera dicho que sí, pero... ¡si no me han dado ocasión!

En cambio, varios, muchos — lo diré, ¡qué diablos! — que quisieron hacerme su novia, consiguieron sólo una negativa. Así es el mundo.

¿Que si pienso casarme? ¡Hombre, la preguntita!... Pero claro está que tengo la esperanza de hacerlo y que, además me parece que hacen mal las que se quedan solteras para toda su vida.

Les aseguro á ustedes que me da mucha lástima de ellas. Yo, cuando pienso que puedo hacerme vieja sin pasar de soltera me entristezco un poco. Me quedaría sola, sin nadie en el mundo y siendo viejecita. ¡Uy, uy, no quiero pensar esas cosas!

Después de todo, no tengo motivos. ¡Soy muy jovencita todavía!... Ahora á reír y á vivir un poco, y luego que venga el matrimonio y sea en él lo que Dios quiera.

Yo he tenido mucha suerte en todo y confío en que, cuando «me llegue» el día, voy á ser muy feliz, mucho, mucho...

Conque nada más. Nadamás que nome pidan ustedes otro artículo... porque me cuesta tanto trabajo escribir, que conseguirían ustedes que me pusiera vieja sin que hubiera llegado «el esperado».

Mercedes Pardo.



MERCEDITAS PARDO

PRIMERA ACTRIZ DEL TEATRO LARA

Adjetivos no. Con decir que si pudiéramos pasar por «el que ella espera» nos volvíamos locos, está dicho todo...

EL DESCUBRIMIENTO



EMPEZARÉ por declarar á ustedes que condeno el adulterio con todas sus falsas y relativas alegrías, y que todos los esposos á quienes sus mujeres engañan debieran hacer lo que el protagonista de una novela de Zola: cuando ese señor supo que su mujer tenía un amante que la maltrataba, hizo testamento, dejándola por heredera de todos sus bienes, á condición de que, una vez muerto el marido, se casara con tan cariñoso amador. Esta fué su venganza, y no me negarán ustedes que es difícil encontrar otra más completa.

Pero hay hombres tan arrimados al apéndice caudal (léase cola) que teniendo doble edad que la mujer, á cuya mano aspiran, y sabiendo que ella, no sólo no les ama, sino que está deseando amar al primer buen mozo guapo y robusto que se les presente, cierran los ojos á todos los consejos y creen inocentemente en que su costilla les será fiel por el relativo *sport* de la virtud forzosa.

Don Agamenón de la Cisura, sabio indiscutible, pero de corazón completamente yerto, se casó con la bellísima Leonor, una mujercita que podía ser su nieta; y como la muchacha no le quería y sólo accedió al matrimonio por obedecer á un tutor sin sentido común, todos, amigos, enemigos é indiferentes, auguraron al sabio don Agamenón un disgusto conyugal ó toda una serie de disgustos.

Y ahora vean ustedes cómo se realizó la profecía en el sainete que á continuación extracto, sin añadirle el menor comentario de mi parte.

CUADRO PRIMERO

Don Agamenón cepilla cuidadosamente su sombrero de copa. Leonor, recostada en un diván, se queja de fuerte dolor de cabeza. Son las nueve de la noche.

DON AGAMENÓN.—¿Con que no te decides á escuchar mi conferencia?

LEONOR.—¡Ay, maridito! Lo siento mucho; pero me duele la cabeza de un modo atroz.

DON AGAMENÓN.—Caramba, caramba, pues lo siento... En fin, otro día será.

LEONOR.—Sí, hombre, otro día será.

DON AGAMENÓN.—Bueno, pues hasta luego. Procura dormir y verás cómo te alivias.

LEONOR (*Enigmática*).—Dormir, dor-

mir... Más fácil será que vele hasta que vuelvas.

DON AGAMENÓN.—Harás mal; ya sabes



—¿Has visto *Lady Godiva*?

—Sí, hija, y no es para tanto el elogio que hacen de aquella señora porque atravesó el pueblo en un caballo blanco y completamente en cueros.

—¡Ya, ya! A cualquier cosa llamaban sacrificarse en aquella época...

—Como que, en último caso, el verdadero sacrificio fué para el caballo.

que el sueño es el mejor remedio para los estados nerviosos.

LEONOR.—No siempre.

DON AGAMENÓN (*Acercándose a un aparato telefónico que hay en el gabinete y quitando la comunicación*).—Vaya, te arreglaré el teléfono para evitarte sustos. Nada hay tan desagradable como el repiqueteo del timbre cuando se tiene jaqueca.

PASARON LOS REYES...



—¿Y este año habéis comido la torta en casa de D. Blas?

—Sí. Y por cierto que á Fernando le tocó el haba.

LEONOR.—Hijo mío, siempre estás en todo...

DON AGAMENÓN.—Los años, monina, los años. (*Abraza á su mujer y sale diciendo para su capote*). He tenido una idea magní-

fica al descolgar el receptor. ¡Je, je, je! ¡Qué sorpresa le voy á dar! (*Y satisfecho de su iniciativa, se dirige al centro donde ha de dar la conferencia.*)

CUADRO II

Salón de sesiones del referido Centro. Una concurrencia tan numerosa como escogida se dispone á escuchar al profundo don Agamenón. En el fondo de la sala, arrimado á la pared, se ve un misterioso aparato del cual es inventor el célebre sabio. Don Agamenón aparece. Los circunstantes le saludan con una salva de aplausos. Restablecido el silencio, toma la palabra el conferenciante y explica los prolegómenos de su invento. Los circunstantes vuelven á aplaudirle y don Agamenón se entusiasma.

DON AGAMENÓN.—Veo con gus'o que me habéis compredido. Bien es verdad que mi descubrimiento más es obra de la misma Naturaleza que mía, y aun siendo esto último, tampoco me cabría otra vanidad que la de haber seguido los pasos de los grandes físicos contemporáneos. El aparato de mi invención no es más que un complemento del teléfono, pues así como éste transmite el sonido á distancia, mi telecinematoscopio transmite la imagen. ¡La imagen, señores, á cualquier distancia!

LA CONCURRENCIA.—¡Bravo! ¡Bravo!

DON AGAMENÓN.—Y una vez terminada la explicación teórica de mi aparato, entraremos en el ensayo práctico. ¡Ah! Ante todo, debo advertir á mis ilustrados oyentes, que la imagen que vamos á ver transmitida por mi aparato, es la de un gabinete de mi casa, que se halla á un kilómetro de aquí. En el gabinete verán ustedes á mi señora tendida en un diván y atacada de una fuerte jaqueca. (*Hace una seña á un portero y el salón queda á oscuras. El lienzo destinado á las proyecciones se ilumina lentamente. Los concurrentes se levantan del asiento. En el lienzo aparece el diván mencionado y Leonor tendida en él. Don Agamenón sonríe triunfalmente. De pronto suena en el salón un inmenso ¡Ah! de estupor. El sabio se cubre la cara con las manos y se desploma sobre un taquígrafo. Las señoras prorrumpen en exclamaciones de horror. Entran dos guardias, y guiados por un asistente se acercan á don Agamenón y solicitan su captura por ofensas á la moral.*)

¿La explicación de esta hecatombe? Pues es muy sencilla, junto á Leonor acababa de aparecer en el lienzo un personaje masculino en traje de noche.

Clemente de Castro.

Esta obra, por duplicado, no me costó tanto trabajo como al *Manco de Lepanto* la suya, ni el menor asomo de molestia.

La Naturaleza me concedió la facultad de hacerla, acompañada del deseo con que nacemos dotados, tanto el varón como la hembra, y que obliga á que no se agoten las ediciones del *Quijote del Hacedor*, de la *obra maestra* de la Creación que se llamó Adán. Obra creada á imagen y semejanza de Dios, según vienen diciendo millares de generaciones y que hay que creer mientras no pueda demostrarse lo contrario.

Para escribir MI QUIJOTE ó sea LA OBRA MAESTRA que me cupo en suerte, necesitaba un libro en blanco apto para el caso y lo encontré. Se llama Antonia. Llevo escribiendo en él once años y no me canso.

Lo encontré en rústica y ya lo tengo encuadernado con modesta cubierta, pero con cantoneras de plata.

Deseando que las dos ediciones que ya han salido á luz pu dan tenerlas de oro, he montado un taller en el que no sé si obtendré el resultado apetecido; pero, por lo menos, la intención es buena.

Entre mi modo de proceder y el de los que dejan sus *Quijotes* inéditos por tirarlos en esa imprenta que se llama Inclusa, creo haya tanta diferencia como entre mi prosa y la de Cervantes.

Los que quieran contribuir á la encuadernación que deseo, que comprenden pescado frito en el establecimiento *ad hoc* que hay en la calle de San Bartolomé, número 8.

era muy relativo y además de que era supersticioso con exageración. Como Victoriano, el popular tabernero de la calle de Arlabán, me había enseñado teórica y prácticamente el modo de tratar á esta clase de gente, puse en práctica su procedimiento en cuanto salimos á la calle y templándome para el caso con un par de copas de *amilico* en cada establecimiento que encontrábamos abierto al paso (antes no había el rigor que ahora para el cierre de tabernas), grité más que él, y como en todas partes encontraba gente conocida, les advertía de lo que trataba; y ellos, de acuerdo conmigo, se dejaban insultar y zarandear por mí.

Tan al natural hice mi papel de *comedor de niños crudos* y de bebedor incansable, que llegó á tomarme miedo, y ¡aquí ardió Troya! Le desafié donde no hubiera testigos, y como no conocía Madrid, me lo llevé, acompañados siempre por la camarera, hasta el Depósito judicial de cadáveres.

Una vez allí, y cuando apenas clareaba el día, *metí mano* á un descomunal cuchillo que me había prestado *Quijaila* (un gitano que me servía de *introduccion de embajadores* los jueves que me tocaba estudiar el chalaneo), y antes de que le pasara el estupor, le dije:

— Cuando dos hombres que son hombres llegan al terreno de la verdad, hay que demostrarlo, y como yo creo que usted es un embustero, aquí, al pie del Depósito de cadáveres, que quizá habrá alguno ahora mismo ahí dentro, le voy á probar que aunque gasto lentes y uso gabán de cuarenta duros (todavía no se le he

pagado por completo á Porset), tengo lo mío. Y á ti—Je dije á ella—el que te va á cortar el pescuezo soy yo, si éste no se *hace conmigo*. ¡Meta usted mano, so embustero! Que yo soy granadino, y allí no matamos más que cara á cara y con herramientas iguales.

El gran D. Antonio Vico, si me hubiese podido ver en aquel momento, seguramente hubiera dicho:

—Éste me ha visto al final del primer acto de *Juan José* alguna vez que he querido trabalar.

El efecto fué teatral y de tiro rápido. La transición de aquel hombre, al oír lo de los cadáveres, fué notable. Con decir que besé y abracé delante de él á la camarera y que parecía como atontado, está dicho todo.

Creo que fué un caso de sugestión.

Antes de que reaccionara mi hombre y me diera un disgusto serio, le conduje, lo más de prisa posible, á otro Depósito, al Municipal, ó sea donde se encuentran y cuidan el ganado y útiles de limpieza de este Ayuntamiento.

Allí habitaban Pepe M. López y *Frasquito el Zarzo*, dos amigos y paisanos míos de *pelo en pecho*, que no hubieran consentido que me molestara nadie.

El primero, además de ser jefe del personal de limpieza, etc., tenía una taberna próxima y allí los llevé.

Pedí unas sopas de ajo, y antes de que se levantaran de la mesa los manteles, me acosté en una cama que me cedió la señora de mi amigo y no los volví á ver,

Probablemente harían las paces. Los lobos no se muerden.

Si el aludido leyera esto, que me perdone la broma y tenga en cuenta que además de ser actor cómico, tengo mis ratitos de hombre arriesgado y batallador.

Hay comprobantes.

MI «QUIJOTE»

Cervantes seguramente tardó muchos años en escribir su obra maestra y gastaría una infinidad de cuartillas en trasladar al papel el fruto de su inteligencia, el hijo de su alma, el ideal de su vida, el símbolo de su España y el patrón desde entonces de nuestra Literatura en prosa. Ese soberano alarde de potencia cerebral, que tituló *Don Quijote de la Mancha*, para cuya gestación le bastaron el forzoso aislamiento de un calabozo y el concurso de una mano sin compaña donde apoyar la frente.

¡Cuántos literatos del día multiplicarían su valer si corrieran la misma suerte!

Todos tenemos nuestro «Quijote», es decir, nuestra obra maestra, cada uno á su modo y con su mérito, tan en relación con su autor, que en muchos casos sólo el engendrador lo encuentra y lo reconoce.

Yo, por no ser menos que el último irracional, tengo lo mío, es decir, una obra de más mérito que el resto de las mías, que me hace sentir el orgullo de haber nacido y que conseguirá que muera satisfecho de dejar (por ahora), dos ediciones.

Terminó al cabo la última sección. Arturo estaba decidido á todo. Acompañaría á la primera que terminase de vestirse y se marchase, si Dios quería que no saliesen dos juntas. Yéndose con la primera no quedaría mal con las otras.

Impaciente y nervioso, aguardó largo rato. Nadie salía. Recorría á largos pasos el corredor aquél en que estaban situados los cuartos de las artistas. La única puerta abierta era la del cuarto de Mr. Pêre, imitador de flauta, que estaba concluyendo de cambiar de ropa. Hasta habló con él. Le preguntó, por decir algo, el precio de una camisa bordada que vió por allí.

—Veinticinco pesetas—dijo Mr. Pêre secamente.

Arturo no quiso que la conversación acabase, y añadió:

—Pues al prestidigitador le cuestan quince.

—Sí; pero es que el prestidigitador la tiene lisa y ésta, como ve usted, es bordada.

Salía en aquel momento *La reina de los lunares*. Pero la acompañaba un señor de frac, y no miró á Arturo. En seguida fueron saliendo las demás. Todas acompañadas y «acarameladas», según solían decir los tramoyistas.

Tampoco le miraron con gran sorpresa suya.

Salió al fin á la calle. Estaba confundido. Se puso á leer unos carteles que halló al paso. Ante un letrero negro y grande sobre papel rojo, se quedó pensativo. *Calentadores por alcohol*, leyó. Siguió andando con la cabeza baja.

—¡Cuanta semejanza tiene á veces un hombre con ciertos artefactos!—filosofaba.

Halló á una muchacha muy bonita y se ofreció á acompañarla. La chica le aceptó. Arturo la galanteaba y la muchacha sonreía. De pronto se detuvo, y dijo:

—Aquí vivo.

Arturo la contempló con sus ojos muy brillantes, y dijo:

—¿Y ahora?

Ella le interrumpió:

—Ahora llame usted al sereno, que es mi marido, y muchas gracias por su compañía. Buenas noches—. Y le tendió la mano.

Luis Alexandre.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL
Marqués de Cubas, 7.—Madrid,

¿Por qué no se debe fumar?

PEDID EL FOLLETO DEL EMINENTE

= Doctor D. Antonio Martín Orozco =

Y OS CONVENCERÉIS DE LOS PERJUICIOS QUE ESTE ARRAIGADO VICIO OCASIONA

Se facilita **GRATIS** en todas las buenas Farmacias de España

y en la **Sociedad Anglo Ibérica - Apartado 350 - Madrid**

LA HOJA DE PARRA

• REVISTA FESTIVA •

APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración inédita de los más ilustres escritores y dibujantes

NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.

Oficinas:
MÉNDEZ ALVARO, 2, PRIMERO



Apartado de Correos número 547
MADRID

En Valencia: **VICENTE PASTOR, Victoria, 11.**
En Barcelona: **NARCISO ESPAÑA, Kiosco EL SOL**

NEBULOSA

En un tiempo dichoso, que por su lejanía parece ya esfumarse en nieblas de poesía, tuve yo, como otros, un amor [verdadero!... (Requisito inherente á todo amor primero).

Con este amor, mi alma, deleitábase tanto, que alentar se creía en un mundo de encanto, por el que desfilaban inconscientes y bellas las horas, como deben pasar por las estre-
[llas...

Y sentíame envuelto en una dicha amable, como por una niebla rosada é impalpable, que, sin embargo, en mí, sentía se infiltraba, y con ella, en mi pecho, la alegría anidaba.

Pero de tanta dicha el tiempo se ha ven-
[gado,
y en cruel laberinto dantesco me ha ence-
[rrado,
en el que nunca puedo recordar ¡cómo era,
la causa de mi gran felicidad primera!...

¿Supongo que sería embriagante y gra-
[ciosa?
Así, como si hubieran de sal hecho una rosa...
Y también, que sería acariciante y bella,
¡Pues, si no, yo no hubiese sido feliz con
[ella!

Pero nunca entreverla consigo claramente.
Ni un gesto, ni una línea acuden á mi men-
[te...
Y envuelta en el misterio, persiste la figura,
que, de cierto, yo amaba por su gran hermo-
[sura!

¡Oh, crueldad del tiempo!... De lo que fué
[¡mi gloria!
no me deja, ni el nombre, guardar en la me-
[moria...
Pues, salvo de un detalle, no me acuerdo de
[nada.
Y es... que usaba unas ligas de seda colora-
[da...

Joaquín Acaide de Zafra.

CHISTES DE LA SEMANA

—¿Por qué la Puerta del Sol está tan animada siempre?

—Porque apenas entra uno en ella, se encuentra con *J. Segura*.

CALENTADORES POR ALCOHOL



STABA Arturito loco de contento aquella noche. El asunto iba tomando inmejorable aspecto. Todas se desvivían en charlar con él y le querían.

En su conversación de un rato antes con *La bella Nardete*, había conseguido tocarla lo más sensible... de su amor

EN LA COCINA



—Déjeme usted, señorito, que se me va á agarrar el conejo...

propio. A las hermanas García, «bellas» también, también, individualmente, había logrado trastornarlas y ponerlas en situación más á propósito para tocar que para bailar aquel su *garrotín* famoso, que ellas hacían inimitable con su gentileza y sus maneras.

Para *La reina de los lunares* y hasta para la florista, Arturito había tenido una frase de picardía y de gracia que ellas rieran. Había bebido mucho aquella noche y el alcohol, excitándole, hacía locuaz como nunca.